

Figueras viva

SEMANA SANTA FIGUERENSE

CON toda su grandiosa severidad dramática y emocionante, nos llegan nuevamente los profundos días de Semana Santa. La primavera respira ya en boca de este abril suave y callado, los almendros abren sus flores y los pájaros inician el despertar de cada día con el trino de su sencilla canción. Así nos llega la Semana Santa. Semana Santa que por este ancestral sentir religioso español se convierte en el más conmovedor momento del alma humana. El corazón reflexiona intensamente la dolorosa procesión hacia el Calvario, y los últimos días del Hijo de Dios se sienten cual martillazos golpeando los clavos sobre la carne que se crucifica. Esta Semana Santa, tan rica de expresión y sentimiento, ha experimentado últimamente en Figueras una mayor brillantez exterior. La exposición es plena, no se recata la fe. Expresar la fe es cosa grata a Dios. Se ha revivido, hace pocos años, la antiquísima Procesión del Viernes Santo tras un tiempo de pasividad. Hasta ahora, quedaba nuestra Semana en el impresionante acto de la visita a los monumentos del Jueves Santo. La familia en grupo visita en este jueves las Iglesias; un jueves que es uno de los tres del año que relucen más que el sol. Las mujeres, dentro su encanto femenino, adornado en peines, mantillas y terciopelos, van desgranando el rosario pendiente de sus manos. Las tropas visitan, vestidas de gala, los Sagrarios. El recogimiento se hace completo, mientras en el presbiterio un tenebrario va languideciendo al compás de cada salmo, hasta que las palmadas y las matracas indican el abandono de los apóstatas y los discípulos. Luego el silencio. Silencio fúnebre.

Mientras, nos llega el Viernes Santo, más silencioso aún, más triste si cabe, con este desfile nocturno entre el más impresionante mutismo que rompen sólo de vez en cuando una saeta espontánea que recoge el sentir profundo de una fe completa. El compás de pífanos y tambores torna más luctuosa la procesión de la noche. Los capirotos apuntan al cielo. El manto de soldados romanos atenaza la línea de encapuchados. Hay muestras de sabor ascético, mientras el aire fresco de la noche, al vaivén de un ligero remanso de tramontana, sigue los pasos de las ricas imágenes de la amargura, de la soledad, de las penas. Sigue la noche sombría, caminando por un sendero sabatino que nos lleva a la grandiosa festividad del Domingo. El Hijo de Dios ha resucitado. La ciudad recobra la alegría. Resurrección. Las pastelerías adornan sus escaparates con verdaderos trabajos de filigrana. Hay «monas» de todas clases. De las palmas de ocho días antes cargadas de salutación y caramelo, pasamos a este domingo plético de alegría y de sabor a dulce. «Gloria in excelsis» «Aleluya». Repican las campanas, desaparecen las cortinas de los altares y todo cobra aspecto festivo. Figueras revive su alegría; pasó la penitencia y la ciudad entra en el camino sonoro y cromático de las Ferias y Fiestas de la Santa Cruz; ya están al tocar, a menos de un mes.

CARLO

EL MANOL en Vilafant

PAISAJES INTIMOS

HEMOS dejado las bicicletas desordenadamente en el suelo, muy cerca de una gran pita. Uno de los pintores quiere tomar el río desde aquí, frente al recodo. El otro lo quiere desde la otra orilla y, graciosamente, se lleva también la bicicleta hacia allá.

Vilafant queda más arriba, a dos pasos de esta magnífica huerta, cuadrilátero de verde y de tierra; como un gran tablero de ajedrez cuyas figuras campesinas se mueven asimismo. La luz es extraña. Oscuras nubes se juntan y alargan, caprichosamente cambian los tonos y los muchachos mueven preocupados la cabeza al preparar sus caballetes.

Camino por la orilla. Bastante distanciatas, las mujeres lavan inclinadas hacia el río, cuidando en mantener sus faldas apretadas entre las piernas para no enseñarlas. Se hablan a gritos. Y ríen a menudo por intrascendencias que, sin embargo, ayudan a pasar la tarde.

Paso a la otra orilla por entre bloques de piedra. Algún pajarillo aún le canta su triste canción de invierno al Manol. De invierno casi acabado, en este recodo de río efímero pero intenso. Los juncos oscilan, desconcertados por los raros vientos que soplan hoy, los pobres juncos que les queda de verde sólo un palmo desde su raíz. Sigo por el recodo y pierdo a los pintores. El paisaje está sincero pero como ausente. Niñas y niños dejan oír sus voces en una escuela que por aquí debe haber, pero que no se ve.

Me tiendo sobre la hierba en este paraje. Sonríe porque, desde alguna parte, debo parecer un poeta del romanticismo, un dibujo cursi de los que se publicaban antes. Pero uno quisiera ver, desde aquí, los colores y las formas tal como son, tal como siguen. No es posible. Sin querer, el pensamiento les da proyección, las relaciona, les pone argumento y rostros. Y nada puede ser indiferente o frío.

¿Tiene vida el paisaje o se la damos nosotros cada vez que comulgamos con él? Hay un contraluz precioso, rotundo, y lo curioso es que en una misma orilla parecen alzarse con un fondo de aire dos épocas, dos sentidos del gusto que todavía nos preocupan: unos árboles, allá abajo, muestran su cabellera difuminada, antigua, de calendario. A medida que avanzan para acá, se van quedando desnudos. La luz, concretándolo, les da un maravilloso recorte en negro perfilando sus delgadas ramas. Son árboles de hondo paisaje surrealista, al fin. Pero no sé hasta donde los surrealistas no serán románticos. El no poder grabar iniciales y corazones en sus estrechos troncos no quiere decir nada. Se oye el inconfundible paso del tren. Un perro sin amo desconfía, pero terminamos jugando. Y casi al instante suena — un sonar de pequeña campana — la campana pequeña del pueblo.

Camino entre los guijarros, la mayoría sucios, de lodo seco. Desde el cañaveral sube un ritmo de lanzas amarillas en pie de guerra. Algunas se comban, no sé si por perdidas batallas o por querer decirle algo al río que, bajo sus labios, mantiene la música — casi de surtidor — de siempre. Sobre el montículo pasa la línea telefónica. Hay un poste tierno, reciente, y junto a él dos pájaros conferencian. A ratos sale el sol. Viene así, de pronto, cuando uno estaba pensando algo que era importante. Esto desconcierta. Y vuelve a apagarse, y sale de nuevo como transmitiendo un mensaje a los guijarros.

Regreso. Un pintor en cada orilla. Hace bonito, en cada orilla un sentimiento. Los colegiales surgen como una buena plaga. Se acercan poco a poco, en colorido, sin respirar apenas y mirando por encima de los hombros del pintor. Y el pintor sonríe porque, dentro de poco, los chavales querrán serlo. Soñarán en poseer pinceles. Y en pintar eso que ven, desde aquí, todos los días. Esto que hoy es distinto. ¿Con cuántos «yo seré», al día, soñarán? Todos, de golpe, opinan. Y recuerdan Dios sabe qué hombre extraordinario: «En Janot también en sap de pintar...» «En Janot también en sap de...» «En Janot tambe...» «En Janot...»

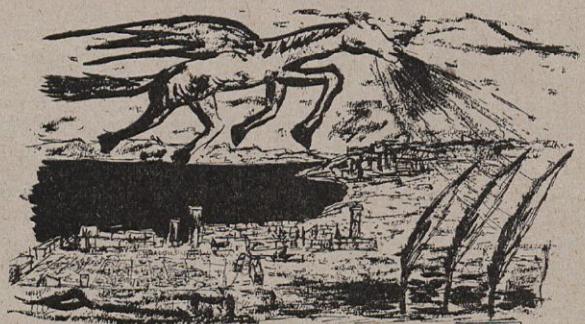
Y se hacen los amos. Y dominan la situación. Al final hablan de hacer guerra. Y tenemos que salir casi apresuradamente montados en bicicleta porque nuestra sonrisa, por mucha lucha que lleve, tiene que ver sólo con la paz.

VICENTE BURGAS GASCONS.

JABONES
BOSCH
FIGUERAS



LA TRAMONTANA VISTA POR NUESTROS ARTISTAS



DIBUJO DE B. MASSOT